

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
a toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y á quien así no lo crea
¡buen arreglo! que me lea.



AÑO I | PRECIOS DE SUSCRIPCION. - { Un año. 3,00 pesetas
Un semestre 1,50 }

ANUNCIOS Y COMUNICADOS { Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador. | NUM. 4

Pravia 17 de Noviembre de 1902

LA CUESTIÓN SOCIAL

CARTAS Á UN OBRERO

XXXVIII

Mi querido X: Prescindo por ahora, como te he indicado, de los medios que la Iglesia predica para resolver la cuestión social, y dejo á un lado la afirmación, que verás demostrada más tarde, respecto á que sólo la Iglesia resuelve con arreglo á justicia y necesariamente muy á satisfacción de los obreros, el mencionado problema.

Al presente sólo me fijo en si es verdad, como aseguran los nuevos «redentores» que últimamente han salido, pero que no quieren ser crucificados, sino que más bien tratan de crucificaros á vosotros, sólo me fijo en saber si es verdad que la Iglesia es un estorbo para llegar á mejorar vuestra situación.

En la carta precedente has visto que ni por sus obras, ni por sus enseñanzas, estorba absolutamente nada la Iglesia para conseguir el objeto mencionado. Antes sucede todo lo contrario, como me parece que demostré cumplidamente, pues que con sus obras os protege, y os defiende con sus doctrinas salvadoras. Luego en sus relaciones directas con vosotros, la Iglesia, lejos de merecer la guerra encarnizada que le hacen los socialistas, es merecedora de conducta muy diversa por parte de los obreros y de cuantos con vosotros simpatizan. Ella es vuestro mejor apoyo: luego debe ser defendida á rajatabla por quienes deseen defenderos á vosotros. Esto es más claro que el agua fresca.

Bueno, pero ¿será que la Iglesia juega con dos barajas, y mientras dirigiéndose á vosotros se llama defensora vuestra, hablando con los patronos les manda ó al menos les permite que os exploten? O lo que es igual, planteando la cuestión tal como quedó planteada en la carta precedente: los patronos que explotan á la clase trabajadora ¿obran así porque son católicos? La respuesta afirmativa sería indudablemente un motivo muy racional para que los socialistas dijeran que no es posible mejorar del todo vuestra situación mientras la Iglesia siga predicando á los ricos que os traten como á esclavos, ó á lo menos, permitiendo que así procedan. ¿Pero, quién puede contestar afirmativamente á la anterior pregunta? ¿Quién puede decir, si no es un ciego ó un mentecato, que por ser católicos os tiranizan ciertos patronos, si precisamente éstos demuestran que no son católicos, ó que son malos católicos, vamos, que no ponen en práctica lo que la Iglesia les predica, tiranizándoos de esa manera?

Porque lejos de hallar aquí un motivo para combatir á la Iglesia, realmente tenéis un motivo más para defenderla y proclamarla muy alto defensora vuestra, pues no sólo no predica vuestra explotación, no sólo no la tolera en los ricos, sino que la condeca con toda la energía de que es capaz. Los patronos que os explotan, no sólo no proceden así porque son católicos, porque escuchan á la Iglesia, sino que al obrar así demuestran que no son católicos, que no obran como tales, que desobedecen las predicaciones de la Iglesia. Cuando alguno de esos patronos, que se las echan de muy católicos (que los hay, sí, señor) os tratan mal, vosotros decís desde luego que es un hipócrita, que no obra con arreglo á sus creencias católicas. Luego es que vosotros mismos reconocéis que por ser católico debiera obrar de manera muy distinta, que la Iglesia no le manda explotaros, sino lo contra-

rio. Y porque llamándose católico, no la obedece, por eso vosotros le llamáis (y muy justamente) hipócrita. Luego si los patronos os explotan no es porque sean católicos, sino por todo lo contrario. Luego combatir á la Iglesia porque algunos patronos os tiranicen es demostrar que obra uno de mala fé ó que es un tonto de remate.

Aquí no te hago, más que ligeras indicaciones, pues más adelante he de insistir mucho sobre esto, cuando, al exponer cómo la Iglesia resuelve la cuestión social, te diga lo que respecto de vosotros predica á los patronos. ¡Ah, si estos obedecieran esas sublimes enseñanzas de la Iglesia! ¡Cuán otra sería vuestra situación!

Tuyo

UN AMANTE DE LOS OBREROS

ODA DESPAMPANANTE

TERCERA SERIE

X

Al estupendo escritor D. Fernando Fernández

Rosete

Al dulce *Almbar* de mis entrañas,
Al don Fernando del corazón,
Al nuevo viejo de las montañas
Cuyo *carácter*, cuyas hazañas
Le han hecho el coco de la nación,
Al don Rosete más eminente
Que hubo en el mundo, que hay y que habrá
A la *pantalla*, *marca viviente*,
Más *insurrecta*, más *transparente*
Que en la provincia se encontrará,
Esta semana mi cantinela,
Por zangandongo, dedicaré,
Y si, á su juicio, no sale buena,
No se incomode, no tenga pena,
Que otra semana repetiré.
¿Pensaste acaso, señor Fernando,
Señor Fernando del corazón,
Que era lo mismo
Andar haciendo de vez en cuando
De tu cinismo
Por los papeles exposición,
Que ser *monago*,
O (no te vayas á sublevar,
Que esto se toma como viniere)
Que el *rapaverunt vel rapavere*
Los *cabiquinos* por el altar?
¿Es que no sabes que hay un ZURRIAGO,
Que al que se mete por las camisas
Do te metiste, da, como pago,
Más sofocones que santas misas
Tú me ayudaste cuando monago?
¿No ves que aquello del Padre Santo,

Quejen el Auseva se publicó
Bajo tu firma, merece un canto,
O, si por pago no quieres tanto,
Que al encontra te griten ¡so!
¿No ves que aquellas majaderías
Que á las personas más respetables
Desde el «*Descabros*» tú dirigías
Pronosticaban canciones mías
Por ser asuntos despampanables?
¿Es que ignorabas que yo existiera?
¿Es que no sabes los sofocones
Que á todo *peje*, *pájaro* y *fiera*
He propinado con mis canciones?
¿No lo sabías?
Comprendo entonces por qué servías
De *testaferro* del «*Bobu Coria*,»
Cuyas hazañas tan fijamente
Tienes grabadas en la memoria,
Que ellas han sido toda tu historia
De aquel entonces hasta el presente.
También comprendo por qué quisiste
Ser la *pantalla* de la «*Sasta*»
Y los motivos porque escribiste
En tu *Gaceta*
Mil *perrerías*
De las personas más respetables:
Fué, pobre *Bobu*, que no sabías
Que reclamaban canciones mías
Por ser asuntos despampanables.
Y aunque los tales desgajados
Por tu *carácter*, por tu ignorancia,
Pasar pudieran disimulados,
Porque en los bobos son los pecados
Cosas de niños, *cosas* de infancia,
Como te puedes morir de pena
Si aquí no canto lo que yo sé,
Otra semana mi cantinela,
Buena, muy buena, pero muy buena,
Por zangandongo, te escribiré,
Que no es lo mismo,
Señor Fernando
Señor Fernando del corazón,
Andar haciendo de vez en cuando
De tu cinismo
Por los papeles exposición,
Que ser *monago*
De los que escriben en EL ZURRIAGO,
O (no te vayas á sublevar,
Que esto se toma como viniere)
Que el *rapaverunt vel rapavere*
Los *cabiquinos* por el altar.

¡Hipócritas, si señor!

Cuanto más pienso en el papel ridículo que los socialistas de secano, que tenemos por aquí, hicieron en Laviana, más asombrado me quedo.

Vigil, metiendo la pata, cosa que hace siempre, sin poderlo remediar, según confesó Varela, dijo textualmente á unos obreros que son sinceramente católicos y que ven en los curas á sus más acérrimos defensores: *vosotros debéis huir de la Iglesia como de la taberna*. La brutal expresión del zoquetillo *leader* causó un efecto de todos los diablillos, y el siseo significativo

mitirán con gusto al tabernero como cliente, y se harán populares hasta sometiendo á exámenes en cualquier bodegón; recibirán con la sonrisa en los labios á los electores, procedan de esta ó la otra clase social; fingirán, si así lo creen prudente, sacrificar el fondo por la forma; harán entrar á los enemigos en sus combinaciones; *envenenarán* completamente el organismo. En los países donde impere el régimen monárquico, muchos socialistas se declararán indiferentes ante la forma de gobierno; y hasta se dirigirán á los ministros del rey pidiéndole apoyo para realizar sus planes de transformación social, como si lógicamente fuera posible la dominación de uno solo y el apoyo fraternal entre los hombres. Pero la *impaciencia* de obrar les impide ver los obstáculos; y con la fe imaginan poder transportar los montes.

«...Por conquistar votos, es decir, por captarse las simpatías de los ciudadanos, el candidato socialista ha de halagar todos los gustos, las inclinaciones y hasta los prejuicios de sus electores: ha de fingir ignorar todos los dispendios, las disputas y antipatías, y tiene que ser amigo ó al menos el aliado de los mismos con quienes ha poco tuvo palabras gruesas». Entre los clericales «habla del socialismo cristiano»; entre la burguesía liberal se presenta como reformador moderado, y dirigiéndose á los patriotas hace alarde de valiente defensor de la dignidad cívica. En ciertos casos hasta se guarda bien de ponerse enfrente del *casero ó del patrono* y llega á ofrecerle sus reivindicaciones como garantía de paz. *El 1.º de Mayo*, que debía ser principio de verdadera lucha contra su majestad el capital se ha convertido en un día de fiesta como oro cualquiera. Con estas solapadas bajezas del candidato, el elector el primero, olvidado poco á poco el lenguaje de la verdad que antes empleaba, y pierde la actitud intransigente del combate. Por la influencia de tanta mentira se cambia el espíritu y la idea, sobre todo en aquellos que han llegado al final ansioso cuando se sientan en los bancos de terciopelo del Parlamento, frente á la tribuna con franjas doradas. Llegados á éste caso, es cuando han de redoblar las sonrisas, los apretones de manos y los servicios.»

Convendrán ustedes conmigo en que el cuadro no puede ser más vivo y animado, ni más instructivo y edificante, sobre todo para aquellos pobres obreros á quienes cuatro intrigantes tratan de seducir, so pretexto de buscar la felicidad de Jauja, que desgraciadamente no llegará nunca para ellos; porque, según confiesan los portaestandartes del socialismo más avanzado, los jefes socialistas de hoy, una vez posesionados del Poder, harán con los obreros lo que hacen los burgueses de hoy, y los pobres trabajadores se quedarán mirando á la luna. Todo queda reducido á un cambio político de decoración y nada más.

Otro revolucionario, el príncipe Kropotkin, no se conforma con poner de manifiesto, como Reclus, lo que harían los jefes socialistas cuando llegasen al Poder, sino que ataca al sistema en su raíz, en sus principios, en sus fundamentos, y declara imposible el establecimiento de una sociedad sobre semejantes bases. Oiganle ustedes:

«Los colectivistas—dice—comienzan por proclamar un principio revolucionario, la abolición de la propiedad privada, y lo niegan en seguida de proclamarlo, manteniendo una organización de la producción y del consumo que ha nacido de la propiedad privada.

«Proclaman un principio revolucionario é ignoran las consecuencias que inevitablemente debe traer consigo. Olvidan que el hecho mismo de abolir la propiedad individual de los instrumentos de trabajo (suelo, fábricas, vías de comunicación, capitales), tiene que lanzar á la sociedad

por vías absolutamente nuevas; que debe trastornar de arriba abajo la producción, lo mismo en su objeto que en sus medios; que todas las relaciones cotidianas entre individuos deben modificarse desde el momento que se consideren como posesión común la tierra, la máquina y todo lo demás.

«No hay propiedad privada»—dicen—y en seguida se apresuran á mantener la propiedad privada en sus manifestaciones cotidianas. «Seréis una comunidad en cuanto á la producción: los campos, las herramientas, las máquinas, todo lo que se ha hecho hasta hoy, manufacturas, ferrocarriles, puertos, minas, etc., todo es vuestro. No se hará la menor distinción acerca de la parte que toca á cada uno en esa propiedad colectiva.»

«Pero desde el día siguiente os disputaréis con toda minuciosidad la parte que vais á tomar en la creación de nuevas máquinas, en la constitución de nuevas minas. Trataréis de pesar con exactitud la parte que corresponda á cada uno en la nueva producción. Contaréis vuestros minutos de trabajo y velaréis por que un minuto de vuestro vecino no pueda comprar más productos que un minuto vuestro.»

«Y puesto que la hora no mide nada, puesto que en tal manufactura un trabajador puede vigilar seis telares á la vez, mientras que en tal otra fábrica no vigila más que dos, pesaréis la fuerza muscular, la energía cerebral y la energía nerviosa que hayáis gastado. Calcularéis estrictamente los años de aprendizaje para valorar la parte de cada uno en la producción futura...»

«Pues bien; para nosotros es evidente que una sociedad no puede organizarse con arreglo á dos principios opuestos en absoluto, que se contradicen de continuo.»

Ya lo ver ustedes: el uno declara que hay contradicción palmaria en los principios que sustenta el socialismo, y le declara imposible; el otro, sin meterse en tales honduras, afirma que los socialistas de mañana serán lo que los burgueses de hoy; y de un modo ú otro ó de ambos á la vez, queda demostrada por ellos mismos la inutilidad de sus maniobras.



PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Todo el mundo que me conoce, sabe á qué vine yo al mundo, pobre ZURRIAGO: á no dejar títere socialista y *socializante* con cabeza; y ya se va viendo cómo cumplo la misión que me trajo á este mundo de Vigil, Posada, Trocas, Sela y compañía, que los cristianos antiguos llamábamos valle de lágrimas.

Pero no me contento con eso y quisiera venir también para ilustrar, en cuanto de mí dependa, á los infelices obreros, embaucados ó en peligro de serlo, por los de la secta socialista y sus afines. Hay muchos desgraciados obreros á quienes han convencido de que para poner las cosas en regla no hay más solución que el socialismo; y hay otros que, faltos, naturalmente, como los anteriores, de estudios suficientes para descubrir los sofismas del socialismo, que á veces reviste trazas de ciencia formal, se encuentran casi dispuestos á declararse socialistas.

Bueno, pues yo que nada gano materialmente, ni nada pierdo, con que todos los obreros de Asturias abracen el socialismo, afirmo y reafirmo que el socialismo es un disparate, un imposible, un absurdo. Demostrándolo estoy á cada paso, principalmente en las *Cartas á un Obrero*, y en general en todos mis artículos; pero aun deseo hacer más para que sólo dejen de ver los ciegos voluntarios. Aun quiero dar aquí, en esta sección que hoy abro, respuesta á cuantas preguntas se me hagan respecto al socialismo.

Los que están creyendo que ese brutal sistema es, no sólo realizable, sino provechoso para los obreros, pueden decirme

en qué se fundan para creerlo; que yo me encargaré de hacerles ver que no tienen fundamento de ninguna especie las razones en que se apoyan. Expónganme con toda claridad esas que ellos creen razones, y yo me comprometo á demostrarles que no son tales razones ni á cien leguas, que están engañados.

Los que están perplejos, dudando de si será verdad que el socialismo es aceptable, díganme los motivos que tienen para abrigar tales dudas, y yo les haré ver que las dudas esas no son razonables, que el absurdo del socialismo es tan evidente como que tres y dos son cinco, que no hay una razón siquiera para defenderlo entre gentes que tengan la cabeza en su sitio.

A mí no se me pueden ocurrir todas las dificultades que contra la tesis mencionada, la de que el socialismo es un disparate, se pueden ocurrir á todos los obreros y á todos los apóstoles socialistas que andan por el mundo con licencia del encargado de llevar los locos al manicomio y los malvados al presidio.

Pues para que los obreros asturianos, entre los cuales soy tan leído, no pequen por ignorancia, acudan á mí, que yo les pondré las cosas en claro, sin insultar á nadie, discurriendo como debén discurrir los hombres horrados.

Que un obrero socialista desea ponerme en un aprieto, ó quiere de buena fe saber si lo han engañado ó no: tráigame los argumentos en que se funda para defender el socialismo. Que otro está á punto de afiliarse; pues antes de hacerlo dígame en qué se funda y después de leída mi respuesta haga lo que bien le parezca.

Como mi único objeto es hacer que los obreros vean claro lo que ciertos apóstoles tratan de embrollar, doy todas las facilidades para que nadie deje de consultarme; en primer lugar pueden los obreros ser todo lo extensos que quieran, y escribir como sepan, sin necesidad de hacerlo literariamente. Además, no será preciso que manden la firma, bastando un seudónimo, al cual contestaré lo mismo. En fin, pueden mandar sus cuartillas con una faja y un sello de periódicos, y así resulta más barato. ¿Se quieren más comodidades? Vengan, pues, las preguntas.



El desafío

En mi primer número lancé el siguiente:

«Usted, perínclito Vigil, no sabe lo que es el socialismo.

Y le desafiamos á que nos demuestre lo contrario.

Usted no sabe defender lo que afirma en su semanario, respecto al socialismo y á la Religión.

Y le desafiamos á que nos demuestre que no estamos en lo cierto.

En el socialismo hay cosas buenas, que los católicos aplaudimos.

Pero hay absurdos tan grandes como la pedantería de usted.

Todo lo que de justo, racional y provechoso para los obreros tiene el socialismo, está tomado de las enseñanzas católicas.

Y todo lo que la Iglesia condena en el socialismo, es brutal, absurdo, desfavorable á los obreros.

Por tanto, combatir la Religión católica para defender á los obreros, es como quitarse la ropa para quedarse uno más abrigado.

A discutir todo esto le desafiamos nosotros, compañero Vigil.

O usted acepta ó queda inutilizado para seguir escribiendo esa *Aurora* donde está engañando á los obreros.

¿Acepta usted?»

Y añadía yo después de haberme puesto tan serio, pues la cosa no era para menos, que si Vigil no contestaba en su semanario aceptando el reto, éste saldría todas las semanas en mis columnas.

Vigil no acepta; por eso lo repito hoy y lo repetiré en los números sucesivos.

Hasta que ese concejalillo recoja el guante.

O hasta que los obreros acaben de perder toda esperanza en quien tan cobardemente huye.

He dicho.

LA IGLESIA Y LOS OBREROS

No has leído, querido lector, ó no has oído repetir una y muchas veces que la Iglesia, que los curas y los frailes son los enemigos del pueblo? ¿No es verdad que esto os lo dicen y pregonan en los clubs, y publican en las columnas de sus periódicos los demagogos del socialismo, y es el grito de guerra con que lanzan á las turbas populares contra las iglesias y conventos? Pues oye.

Vivía en X* un obrero llamado Pedro que trabajaba en una fábrica de papel y sostenía con su jornal á su familia, que se componía de su esposa Margarita y de cinco hijos. Él era socialista, enemigo de curas y frailes, pero aún tenía algún juicio y más que mediano sentido común; la buena Margarita era una esposa modelo, de limpia vida, hacendosa, amante, y sobre todo cristiana. Una tarde volvió Pedro mucho antes de lo que solía á su casa, pero con muy mal humor, porque se estaban limpiando las máquinas en casa del patrón y así perdía medio jornal, que era el único recurso que tenía para alimentar á su familia.

El hombre para distraerse se puso á leer no sé qué papelucho socialista, en el cual se repetía de mil maneras que los obreros son los seres más desgraciados de la sociedad y que, por supuesto, la Iglesia tiene la culpa de esa triste condición en que se encuentran. «A cada paso—se leía en él—á cada paso se encuentra una prueba evidente de que esta Iglesia no hace nada por mejorar la suerte de los obreros.» «¡A cada paso!—exclamó Pedro, tirando el periódico sobre la mesa.—¡Toma! voy á ver si es verdad esto.» Y salió de casa murmurando, sin decir siquiera hasta luego! á su mujer y á sus hijos.

Al bajar las escaleras se cruzó con un noble caballero, miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl, que iba á llevar su limosna mensual y á prodigar algunas palabras de consuelo á un pobre anciano que vivía en una boardilla, encima cabalmente de su propia habitación. «¡Córcholis!—debió sin duda decir para sus adentros el bueno de Pedro—lo que es el primer paso es un solemne mentís á mi periódico!» Pero siguió andando. Quizás en la calle sería otra cosa.

Pasó delante de una iglesia, y, sin saber él mismo por qué, se coló en ella. «¡Qué lujo! ¡qué gastos! ¡qué altares! ¡qué cuadros! ¡qué vidrieras!, refunfuñó por lo bajo. ¡Mejor hubiera sido emplear algo de tanto dinero en socorrer á los pobres!» Sin embargo, una cosa le sorprendió sobre manera. Tanto en los bajo relieves del coro como en los magníficos ventanales del crucero, estaban artísticamente representados picos, sierras, martillos, todas las herramientas de los obreros. «No hay más que la Iglesia que tribute este honor á los instrumentos de nuestro oficio», se dijo Pedro un poco más tranquilo;—y luego, bajando la cabeza y entrando dentro de sí mismo exclamó: «Al fin y al cabo, no hay otras casas que nos estén siempre abiertas á nosotros, gentes del pueblo, como las casas de Dios. ¿La alcaldía? Allí no se entra más que para anunciar los muertos y entonces está uno demasiado triste para fijarse en nada; ó para anunciar algún nacimiento y entonces no hay tiempo para detenerse. ¿El palacio de la Diputación provincial? ¿el palacio de los grandes? ¿el palacio del Rey? En todas partes hay porteros ó soldados que me detienen si quiero traspasar el umbral. Por lo menos las iglesias han sido hechas para Dios y para mí; y aun más para mí que para Dios, porque Dios puede pasarse sin ellas. Pre-

ciso es convenir que los palacios de la Iglesia son los únicos verdaderos palacios del pueblo.»

Y Pedro cayó de rodillas, rezó una estación, y luego, tomando agua bendita y santiguándose devotamente, salió. «¡Cór-cáolis!—exclamó de nuevo al poner el pie fuera del templo—ya he dado algunos pasos y aún no he encontrado ninguna prueba evidente de que sea la Iglesia la causa de mis desventuras.

En aquel momento empezaron a desfilar delante de sus narices unos trescientos muchachos, en filas de dos por dos, todos ellos limpios, formales y charlando más alegres que unas pascuas. Detrás venían vigilándolos tres Hermanos de las Escuelas cristianas. Pedro se fijó en ellos, sobre todo, y dirigiéndoles una mirada de indignación y desprecio.

«Estos, éstos son—se dijo para sus adentros—los verdaderos culpables, los enemigos de la industria, los hipócritas, los ricachones, los neos...» Y así fué endiligando todo el vocabulario de impropiedades que contra los frailes había aprendido en el taller y en las columnas de su periódico, hasta que los vió pasar delante de sus ojos modestos, silenciosos y cubiertos con un pobre sayal.

Seguieron después todavía largo trecho con la vista y luego echó á andar. «He ahí—dijo al fin cambiando de lenguaje—he ahí hombres bien singulares! yo abandono mi casa para no sufrir el ruido de mis cinco hijos, y ellos aguantan alegres la gritería de esos trescientos muchachos; los educan, los instruyen, y mientras que después de algunos años los míos podrán ayudarme á ganar la vida, estos Hermanos volverán cada año á comenzar la misma tarea, hasta que les llegue la muerte, siempre educando, siempre instruyendo á nuevos niños, de los cuales muchos no les pagarán más que con ingratitudes y muchas veces con injurias y calumnias.

No había dado muchos pasos cuando sintió detrás de sí el ruido de un carricoche: era el de las Hermanitas de los Ancianos que iban al mercado á pedir limosna para los trescientos que alimentaban y servían en su Asilo. Pedro volvió la cabeza y vió humildemente sentadas en él á dos Hermanitas que conocía muy bien: una era hija de un opulento marqués y la otra de un honrado menestral. «¡Abajo el sombrero delante de esas mujeres!»—se dijo Pedro.—Y, en efecto, se descubrió en señal de respeto, porque le pareció ver que alrededor de aquellas humildes religiosas se levantaban millares de otras que son madres de los desamparados huérfanos, enfermeras de los heridos y moribundos en los campos de batalla y en los hospitales, maestras de ricos y pobres, socorro, en una palabra, de la humanidad y ángeles del dolor. Y aun dicen que se le oyó decir por lo bajo al pobre caballito que arrastraba el carricoche, cuando pasó delante de él: «¡Ánimo, caballito, ánimo!, que entre los que desconocen é injurian á estas amigas del pueblo y tú que las ayudas, me pareces tú mucho menos animal.»

Andando, andando, el pobre Pedro llegó otra vez delante de una iglesia donde se apiñaba innumerable gente que, según eran los coches que aguardaban á la puerta, debía ser de lo más rico y grande de la ciudad. Entró por curiosidad y oyó, no sé si á un cura ó á un fraile, que desde la cátedra del Espíritu Santo arengaba así á la nobilísima concurrencia:

«¡Pues manos á la obra, señores, vosotros que creéis en Jesucristo!

«Cuando al terminarse el año veáis que llegan á vuestras arcas vuestras rentas y vuestras ganancias, bendecid á Dios; pero que salga también de vuestro pecho este grito propio del cristiano: «¡Mi parte para mí, pero también para los pobres la suya.»

«Cuando entréis en vuestros suntuosos salones... pensad que hay pobres sin albergue. Bendecid á Dios y decidle: «Mis salones para mí, pero también morada para los pobres!»

«Cuando vayáis á sentaros á vuestras

mesas tan abundantes y cubiertas de exquisitos manjares, pensad que hay pobres con hambre. Alabad á Dios y decid: «Para mí este banquete; pero siquiera pan para los pobres.»

«Cuando veáis á vuestras esposas ó á vuestras hijas adornarse, acordaos que hay pobres que van medio desnudos. Dad gracias á Dios y exclamad: «¡Para mí este lujo, pero un vestido siquiera para el pobre!»

«Cuando en derredor vuestro oigáis las risas alegres y el dulce murmullo de vuestras fiestas, figuraos que hay pobres que lloran... Alegraos en el Señor, pero decid: «¡para mí esta fiesta, pero un poco de alegría también para los pobres!»

«Un día, señores, veréis delante de vosotros el inevitable huésped: la muerte.

«Quizá dispongáis la pompa de vuestros funerales... ¡Pensad cómo van á la tierra los pobres!... Bendecid al Señor y decid: «¡Un catafalco para mí, pero siquiera una caja para los pobres!»

Y el cura ó el fraile, ó lo que fuese, bajó del púlpito.

A Pedro le vinieron ganas de aplaudir y estuvo en un tris de gritar: «¡Bien, Padre, bien!» Pero se contuvo por respeto á la iglesia. Salió sereno y tranquilo y se volvió á su casa bien convencido de la calumniosa falsedad de su periódico. Al entrar en ella corrió á su encuentro el hijo menor con una bonita estampa en la mano.

—¿Quién te ha dado ese santo?—le preguntó el padre, acariciándole cariñosamente.

—El señor maestro—contestó el niño besando la estampita afectuosamente y presentándola á su padre para que él también la besase.

—Y ¿por qué?

—Porque supe una pregunta que no sabía el hijo del patrón.

—¿Qué pregunta?

—Aquella que dice: «¿Cuáles son los pecados que claman venganza al cielo?»—Son cuatro; el homicidio voluntario, la impureza contra naturaleza, la opresión de los pobres y la sustracción del salario á los obreros.

—«No hay más que el Catecismo—pensó para sí mismo Pedro—que enseñe á los hijos del rico como á los del obrero que retener nuestro salario es, delante de Dios, un crimen parecido al homicidio.» Y al ver sobre la silla en que iba á sentarse el periódico socialista, indignado, lo quemó... para encender su pipa... Pero... no tenía tabaco.

Advirtiólo Margarita que acababa de entrar en el cuarto, y le dijo:

—¿No sabes la feliz noticia? El vecino que nos debía 20 pesetas desde hace seis meses y no quería pagarlas ha venido á devolverlas después de haberse confesado, y á la fuerza ha querido agregar estos 50 céntimos de interés. Anda, hijito, ve volando á comprar una cajetilla para tu padre.

Y ya el niño había dado unos brincos por las escaleras, cuando Pedro, como si hubiera recibido repentinamente una luz del Cielo, lo llamó, le pidió el dinero, lo metió en un sobre y escribió en él: «Al señor Obispo para el Asilo de los Ancianos, en lugar de algunas pipas de tabaco, de parte de un obrero que comprende por fin lo que la Iglesia ha hecho y está haciendo por los obreros.» Y se lo dió á su hijo para que lo llevara á la Secretaria del Obispado.

No es novela, querido lector, es historia.

EXTENSION UNIVERSITARIA

Según leo en *La Aurora Social*, mi periódico favorito, el día 5 de los corrientes habló en el Centro Obrero de Oviedo el Sr. D. Alvaro Albornoz.

Lo cual nada tiene de extraño, porque Albornoz es un pozó rebosante de cien-

ciencia, y necesita derramarla, esparcirla, extenderla por cualquiera parte.

Lo que me extraña y maravilla es que hombres que quieren pasar por intelectuales (alguno lo es; no tengo inconveniente en reconocerlo así) vayan á extenderse á donde se tira las planchas Alvarito.

Esto ya tiene narices y bemoles y pendengues.

¿Se avendrían algunos de aquellos señores á hacer coro al compañero de caza del león de la fábula?

Supongo que no. Siquiera para que no se dijese de ellos: Dime con quien andas y te diré quien eres.

O lo que es lo mismo: Dime con quien te extiendes y te diré qué puntos calzas.

Pero vamos á la extensión de *de Albornoz* de cuya conferencia en el Centro Obrero da cuenta *La Aurora*.

El tema era: *El contrato colectivo del trabajo*.

Dijo que antes de entrar en el desarrollo del mismo (habla el cronista de *La Gaceta Social*) explicaría lo que significaba movimiento obrero para...

Para que alguien no creyera que era movimiento de tripas?

para que se le comprendiera bien.

¡Ah!

Define el movimiento obrero diciendo que es, la reunión de muchos obreros para alcanzar el bienestar.

Conque movimiento... es reunión.

Ya ven ustedes que la definición tiene todas las condiciones de una definición buena, incluso aquella de «convenir á todo y á solo lo definido.»

Porque si bienestar es lo mismo que comodidad ó vida holgada, cualquiera ve con claridad meridiana que Vigil entiende á maravilla eso del movimiento obrero.

¿Habrá vida más etc., etc. que la de Manoliyo?

Por otra parte ya sabemos que cuando muchos obreros se reúnan (á pesar de los sermones de Vigil) en algún centro de recreo para pasar unas horas alegremente, podemos decir: en tal parte ha habido tal día considerable movimiento obrero.

Pero esto son *peccata minuta* comparado con lo que sigue.

Niega que el gran desarrollo del movimiento obrero en estos últimos años se deba á las malas propagandas y á las malas ideas, como algunos sostienen....

En apoyo de sus afirmaciones, el conferenciante cita el hecho de que en la Edad Media, habiendo entonces malas ideas, no existió el movimiento obrero como en nuestros días....

¿Se han fijado los lectores? «El movimiento obrero contemporáneo no se debe á las malas ideas.» «En la Edad Media no existió el movimiento obrero como en nuestros días, habiendo entonces malas ideas.»

Bueno pues ahora que han oído lo que ante ce le, póngase en guardia y escuchen:

Las ideas—dice el maestro—no son malas ni buenas, sino falsas ó exactas.

¿En qué que damos, D. Alvaro? Si las ideas no son malas ni buenas, ¿cómo dice usted más arriba que en la Edad Media había malas ideas? Y si en la Edad Media hubo malas ideas ¿cómo, á renglón seguido, afirma usted que las ideas no son buenas ni malas?

Esa hermosa contradicción ¿será cosa de Albornoz, de Vigil, ó de entrambos?

Probablemente de los dos, porque uno y otro son capaces de semejantes armonías.

Pero dejemos aparte la contradicción y preguntemos al *Chatito*:

Diga usted caballerito.

Eso de que las ideas no son malas ni buenas ¿lo sacó usted de su cabeza? ¿Un cuerno sacaría usted!

Habló usted por boca de ganso.

(¿Verdad, D. Aniceto?)

Y no sabe usted lo que dice.

Y si lo sabe, diga por su vida.

La idea de haberle metido á usted á predicador, es... falsa, ó exacta?

Y la que se me ha pasado por el magín, de que usted merece un soplamocos por gánapiro, ¿qué es?

Vamos, conteste usted porque si no, me está viniendo en gana ó en «voluntad el poner en acto la idea» para que usted pueda responder.

Si el lector no entiende este párrafo, sepa que según el Albornoz, «lo bueno ó malo depende de la voluntad de los individuos juzgados por sus actos».

De modo que hasta que mi voluntad ponga en acto esa idea del soplamocos, no se puede juzgar si es buena ó mala.

Pero exacta es, yo lo aseguro.

Y por tanto conforme con la realidad de las cosas.

Y por ende, es lo que debe ser, porque las cosas son como deben ser.

No hacen lo que los oyentes de Albornoz, que después de oír sus *incoherencias* le aplauden en vez de darle una lavativa.

Lo cual sería una idea muy... exacta.

Zurriagazos

En una de las gacetillas ó deyecciones de la *Escupidera* de Vigil, se da cuenta de un hecho atraz, horrible, horrendo, horrisimo.

Figúrense ustedes que un joven de 16 años «caminaba... leyendo *La Aurora Social*, por la parroquia de Bayas (Castrillón)...»

Bueno será advertir que en Castrillón no hay tal parroquia de Bayas.

El chico «se encontró con un sacerdote, que le pedía el periódico, obediéndole el muchacho.» «El cura denunció á los padres de éste el enorme delito que cometía el hijo, recibiendo por respuesta que le habían enseñado á leer de todo.»

El cura se vengó haciendo al chico «entrar en la casa, encerrándole en un cuarto.»

«Dicese... lo que no ha podido probarse.»

¿Con que no ha podido probarse, eh?

Pues entonces, mastuerzo de corresponsal, cuco de Vigil, ¿por qué injurias públicamente á ese cura, desfigurando el hecho por completo?

Cien veces os hice tragar vuestras calumnias, y... aún de vez en cuando queréis mancillar la honra de algún sacerdote diciendo... » ¡lo que no ha podido probarse!

Habéis perdido la vergüenza.

«Los clerizánganos que pedesciben (!) el papel de Pravia, no contentos con atacar el honor de una indefensa mujer porque asiste á las reuniones del Centro Obrero de Naveces, se permite (¡qué bonito!) mentir con el mayor descaro.»

¡Oh! ¡Estos clerizánganos son vuestra pesadilla, estu...pendo Vigil!

Es una mentira como una loma que hayamos atacado el honor de la mujer á que se refiere *La Escupidera*.

¡Respecto á lo de que nos permitimos mentir, muéstrennos en qué Vigil y compañía.

¡Aviados quedaríamos ante nuestros honrados suscriptores, si siguiésemos la línea de conducta del semanario difamador socialista!

¡Ni uno solo nos quedaba para contar!

En la Felguera sigue el movimiento, á juzgar por lo que dice *Marcial de las Cubas* en carta que he recibido, y no publico para dar tiempo á que se restablezca la normalidad en la circulación de la sangre de los jaleados. No sea que revienten de una congestión.

Demos, pues, amigo Marcial, una tregua siquiera de ocho ó quince días al *Chato* y consortes.

Después... podrá el baile continuar.